

## UNA EXTRAÑA CELEBRACIÓN

El piso era una pocilga y apestaba a comida en descomposición y ropa sucia. En la cocina había platos, vasos y todo tipo de cacharros sucios y mohosos apilados por todas partes. En la encimera había decenas de cajas de comida precocinada, algunas a medio comer y podridas. Las hormigas y cucarachas campaban a sus anchas.

Arda cerró la puerta de la cocina. Aquel hedor le estaba revolviendo el estómago y no quería vomitar en la casa del difunto señor Xavier Barba, al menos no delante de nadie, y viendo la cocina, no quería saber cómo estaría el lavabo de aquel tipo. Así que se dirigió al comedor, donde la ventana abierta por donde se había lanzado Xavier dejaba entrar la brisa fresca de aquella nublada tarde de julio. Los escasos muebles tenían una pátina de polvo bastante antiguo que mostraba que el muerto no limpiaba nunca, y los estantes estaban llenos de revistas viejas de coches de lujo y videojuegos. Entre ellas encontró una foto donde se lo veía junto a su mujer y una niña en lo que parecía un Burger King. Arda supuso que aquella foto era de antes de la llegada de la segunda hija. Debían estar celebrando el sexto aniversario de Anna, porque llevaba puesta una corona de papel y mostraba seis dedos mientras sonreía a cámara. Era la única que sonreía en aquella foto, y parecía hacerlo por compromiso. Arda la guardó entre los papeles que llevaba en la mano.

—Arda —sonó la voz distorsionada de Álex en el walkie.

—¿Qué pasa? —dijo ella llevándose el suyo a la boca.

—Esto ya está listo. Se llevan el cuerpo. Yo voy a hablar con un comerciante de aquí delante que está enfadado y dice que nos va a poner una denuncia porque el cerco le está jodiendo el negocio y por mi parte estamos. ¿Bajas?

—Estoy revisando cuatro cosas en el piso. Si quieres ve rellenando el formulario y en cuanto pueda voy.

En realidad, toda su idea era perder el tiempo suficiente para no tener que rellenar nada, que Álex hiciera el papeleo y así evitar que la resaca, que se multiplicaba cuando tenía que focalizar la vista en algo, volviera del rincón de pensar donde había conseguido arrinconarla.

—Ok. —El walkie pitó indicando que su compañero daba por concluida la conversación. Arda volvió a colgárselo en el cinto.

Arda se fijó en el brillante sillón de gamer, la consola y la pantalla de setenta pulgadas que desentonaba con el resto del mobiliario viejo y desvencijado. A un lado todavía estaban las cajas de cartón. Todo aquello era nuevo, y no barato precisamente.

—¿De que trabajaba el señor Xavier Barba? —Se giró hacia Antolín, que ya no parecía tan contento de haberla acompañado.

—Era encofrador, pero tuvo un accidente hace un año o así y estaba de baja; que yo sepa todavía no había vuelto a la obra.

Junto al nuevo sillón, un enorme cenicero rebosante de colillas de porros, una botella de cava vacía y dos copas. Arda vio carmín en una de ellas.

Revisó las cartas que el tipo había dejado sobre la mesa del comedor, la mayoría sin abrir y apiladas. Pero algunas le llamaron la atención, apartadas del resto; pertenecían a un gabinete de abogados, y el fallecido las había dejado pulcramente ordenadas a un lado. Cogió la primera y le pegó una hojeada mientras se dirigía al dormitorio.

Al encender la luz comprobó que la cama estaba revuelta; las persianas, bajadas, y toda la estancia apestaba a sudor rancio. En la mesita de noche había una ristra de preservativos, varias pastillas azules (¿Cialis? ¿Viagra?), y el suelo estaba minado de basura: latas de cerveza y cientos de pañuelos de papel arrugados. Sobre la cama llamaban la atención un enorme consolador y varios condones usados.

—No parecía muy deprimido. —Antolín miraba por encima del hombro de Arda en dirección a los condones.

—No —murmuró Arda dándole la razón.

## LAS NOTICIAS VUELAN

Uno de los chicos llamó repetidamente al timbre hasta que escuchó el sonido de la silla de ruedas acercarse lentamente.

—¿Qué tripa se os ha roto? —masculló la anciana al otro lado de la puerta.

—Mamá Mayudah, Xavier se ha tirado por la ventana de su apartamento —dijo el chico mayor.

—¿Qué Xavier? —murmuró Mayudah, pero apenas tenía dudas de la respuesta.

—El padre de Anna —respondió el chico.

—Se ha despanzurrado contra el suelo, delante de la tienda de Piaping —añadió el más pequeño—. La poli se lo ha llevado, pero la mancha de la sangre todavía está en el suelo, y Piaping se ha puesto a discutir con los polis; dice que él no va a limpiarla. Y que si no viene alguien del ayuntamiento a hacerlo va a denunciar a mucha gente.

Mayudah se quedó en silencio durante unos segundos; su mirada iba una y otra vez en dirección a la mesita donde había ubicado el viejo teléfono de disco. Temiendo que se pusiera a sonar en cualquier momento. Finalmente abrió la puerta y se quedó observando a los chicos:

—¿Y la poli qué dice?

—Supongo que vendrá alguien del ayuntamiento a limpiarla, porque Piaping es muy pesado, ya lo sabes —sentenció el pequeño.

—No. —Mayudah miró fijamente al mayor—. Qué dicen sobre Xavier.

—Creen que se ha suicidado. —El chico mayor lo dijo con la mirada fija en sus pies.

—Eso está bien. Menos problemas —murmuró Mayudah para sí misma.

—Sí. Supongo. —El chico seguía perdido en sus propios pies, sin atreverse a mirar a la anciana inválida.

La anciana se quedó mirando fijamente al chico.

—¿Qué te ha pasado en el labio?

El chico se tapó la herida con el dorso de la mano.

—Nada —dijo con el gesto hosco.

—Ha sido Raúl Gutiérrez —dijo el pequeño, a lo que su hermano respondió dándole un pescozón.

—¿Raúl? ¿El hijo del carnicero? —La anciana puso cara de disgusto. Conocía a ese chico; era una mala bestia pecosa, tenía trece años y aparentaba bastantes más, y a veces, al verlo pavonearse con sus amigos, con esa crueldad indolente, le recordaba bastante a la ruina de su vida. Le recordaba a Franchi.

El chico no respondió, así que la anciana solo suspiró, les dio un arrugado billete de diez euros que sacó del bolsillo de su raída bata y comenzó a cerrar la puerta de nuevo.

—Lo de Xavier es asunto nuestro, no necesitamos a ningún poli metiendo las narices en algo que no les incumbe, eso podría poner nerviosas a las otras torres. Si alguien habla demasiado, decídmelo y le haremos una visita.

—Antolín ha estado hablando con ellos —dijo el pequeño—. Lo hemos visto acompañar a una poli al apartamento de Xavier.

—Antolín es idiota —dijo la anciana mientras la silla de ruedas se alejaba por donde había venido—. No os preocupéis por él. Vigilad a vuestro padre. Ese sí que me preocupa. Y en cuanto a Xavi... Nadie va a echarlo de menos. Era mala persona. Ya sabéis como trataba a Anna y Carol.

—Vale, Boss —dijo el chico grande.

—No me llames así, que te suelto un guantazo —dijo la anciana justo cuando la puerta se acabó de cerrar.

Los chicos volvieron en un tenso silencio hasta la zona de los ascensores.

## SOLA

Arda sentía que el hedor de aquel apartamento la estaba volviendo loca. Y decidió que había tenido bastante de aquello. Y también que iba bajar sola. El pulso empezaba a temblarle. Necesitaba una copa. Y después otra. Y no necesitaba compañía ni testigos para eso, porque ya se le hacía bastante cuesta arriba aguantarse a sí misma como para aguantar a alguien más.

Acompañó al conserje al ascensor y cuando este llegó le dijo que iba a bajar a pie.

—Son más de veinte plantas —le contestó él con cara extrañada.

—Sí, pero... —Buscó una excusa rápida que no fuera reconocer que ya le irritaba todo, que le cargaba su presencia, el olor de su sudor y su conversación. Que necesitaba beber. Mucho—. Voy a hacer un poco de ejercicio.

El tipo se encogió de hombros y evidentemente no se prestó a acompañarla.

Una vez abrió la puerta de la zona de escaleras y se asomó por el hueco para ver la enorme distancia que la separaba del suelo sonrió al notar el vértigo en la boca del estómago. Aquello estaba muy alto.

Ahora ya no podía coger el siguiente ascensor, porque el tipo estaría en la conserjería y se daría cuenta de que solo quería librarse de él. Ahora tenía que bajar las putas escaleras, de verdad.

—Ejercicio, hay que ser gilipollas —murmuró.

Y empezó a bajar.

Al llegar a la planta cinco, vio que la puerta de acceso al rellano estaba entreabierta. Oyó cómo uno de los ascensores se movía en ese momento, y una ráfaga de aire putrefacto y descompuesto la asaltó desde aquel rellano.

El olor era mucho más intenso que en el vestíbulo de la torre.  
¿No decía aquel chismoso de Antolín que el olor venía del sótano?

Se tapó nariz y la boca con la camiseta y se asomó al rellano. Allí había un silencio sepulcral.

«Se dejan la comida en las mesas y desaparecen», le había dicho el tipo, pero aquello no era comida podrida.

Pulsó el botón de la luz y los fríos fluorescentes iluminaron el pasillo de puertas de la quinta planta.

Las paredes estaban llenas de manchas húmedas y de grafitis, pero lo que no había eran aquellas marcas, los tres arañazos rojos.

«Deben ser plantas de gente nueva», pensó.

Pero no se oía nada. Había un inquietante silencio que solo se rompía por el subir y bajar de los ascensores.

Tocó una de las puertas.

Y por un segundo pensó en llamar al timbre.

¿Qué iba a decirles? «Hola soy policía, y esta planta apesta a muerto y está muy silenciosa, ¿puede decirme por qué? No se preocupe por mi gesto desquiciado y el temblor de mis manos, es solo el mono de alcohol porque soy una borracha haciendo tiempo para no tener que trabajar».

«Soy gilipollas».

Se dio la vuelta y volvió a las escaleras.

## BREICO

—Breico, ¿me escuchas? —Dani estaba escondido bajo la cama de la habitación de su padre y hablaba muy flojito.

—¿Quién es Breico? —Arnau sonaba preocupado al otro lado del walkie, y lo había dicho tan alto que Dani le había oído tanto a través del aparato como desde el comedor donde su hermano se ocultaba, seguramente entre el acuario y el sofá.

—Breico no es nadie, es lo que dicen los radioaficionados cuando quieren empezar una conversación.

—Aaaah. Vale. Breico.

—Si quieres acabar la conversación dices «corto», no «breico».

—Vale. Vale. Y ahora ¿qué?

—Ahora... —Dani salió de debajo de la cama y se encaminó al comedor—. Ahora ya me has cortado todo el rollo.

Arnau salió de detrás del sofá con cara de culpable y miró a su hermano entrando.

—Es que estos juegos son un rollo. —Le entregó el walkie—. Si podemos hablar en persona, para qué necesitamos esto.

Dani miró los dos aparatos que había encontrado encima del armario de su habitación. En realidad a él tampoco le emocionaba mucho jugar con ellos. Recordaba que se los había regalado su madre hacía tres o cuatro años, cuando ella todavía vivía con ellos y Arnau era tan pequeño que usaba pañales por la noche, y que apenas los había usado un par de veces.

Tenía la certeza de que había disfrutado bastante jugando con ellos aquel día y quería recuperar esa sensación.

¿Quién le había explicado lo que significaba «breico»?

Era alguno de los invitados a la fiesta.

Su madre había invitado a toda la clase.

Arnau miró de refilón la vieja consola, junto al televisor.

—Podemos...

—No —zanjó Dani—. Nos vamos a dar una vuelta por la torre, vístete.

—Vale, tete.

No conseguía acordarse.

¿Yuri? ¿Gabriele? El chaval aquel que...

No. Se le secó la boca al recordar la risa estridente retumbando en el altavoz del walkie. La larga explicación sobre las palabras técnicas que debían emplearse a la hora de hablar por el walkie. Con voz pedante y chula.

Había sido Panza Rosa. Él se lo había explicado todo. Y habían estado jugando toda la tarde. Casi se habían hecho amigos en aquel cumpleaños, pero luego no habían vuelto a coincidir hasta al cabo de varios años, y Panza Rosa ya se juntaba con gente a la que Dani no quería ni acercarse.

¿Cómo podía haberlo olvidado?

Se sentía culpable por no ser capaz de recordar su verdadero nombre. Porque Panza Rosa era el mierdoso apodo que le había puesto Raúl.

Y porque Panza Rosa estaba muerto, claro.

## NOCHE DE TRAGOS

Arda estaba sentada en el sofá de su casa, con una lata de cerveza recién abierta en una mano y hojeando el dossier que le había dado su jefe, sin mirar nada en concreto, solo pasando páginas para distraerse.

—No es que me alegre de volver al trabajo, pero al menos las horas han pasado bastante rápido —dijo, y después pegó un trago a la cerveza poniendo mala cara—. Ha sido un día interesante. Un tipo se ha matado tirándose del piso treinta y dos de un edificio. O al menos eso cree Jairo. La cosa es que el idiota acababa de ganar un juicio y había cobrado doscientos mil pavos de indemnización por un accidente laboral, se había comprado todo lo que siempre había deseado y había pegado un polvo de celebración con alguien. Y justo después de eso se ha suicidado. ¿Te parece lógico?

Patri no dijo nada.

—A mí no me parece nada lógico. —Volvió a pegar un trago a la cerveza. Y volvió a poner mala cara—. Ese tipo, por lo que cuentan de él, no era alguien con pinta de depresivo; más bien parecía un gilipollas superficial y narcisista, maltratador y capullo. Para nada el perfil de un suicida en potencia. Pero qué sabré yo de la mierda que tendría en la cabeza ¿No?

Arda llevaba dos meses bebiendo muy fuerte, y el volver a la cerveza le parecía casi tan flojo como beber agua, pero quería mantenerse más o menos despierta y ágil de mente. Al menos durante el tiempo que tardara el médico de empresa en darse cuenta del error que era haberle dado el alta forzosa. Pero lo haría por Patri. Todo lo que hiciera falta por su amor. Además estaba el dolor en el costado. No parecía el hígado, ese dolor ya lo conocía bien, así que tenía que ser otra cosa, y no le apetecía que el médico le hiciera alguna prueba y le diera una mala noticia, como por ejemplo querer ingresarla para hacerle más pruebas con la intención de curarla. Otra vez.

En comisaría nadie había sabido lo de su pancreatitis aguda. Y pretendía que siguieran así.

—Se te ha muerto el páncreas —le había dicho el médico—, pero parece que la medicación ha hecho un milagro y ha resucitado. Te ha tocado la lotería, Arda. —Ella le devolvió la mirada con asco, pero no dijo nada—. Esto le pasa a uno de cada diez. Aprovecha la ocasión y da un giro de ciento ochenta grados a lo que estás haciendo.

A los treinta días le habían dado el alta, con una medicación, con una dieta y con órdenes claras.

Y al día siguiente dejó la medicación y volvió a beber.

Iba a dejar el dossier a un lado cuando en una de las hojas amarillentas vio una foto enganchada que le llamó la atención. Era una copia de una foto en blanco y negro, y en ella se veía a tres chavales de unos quince años, sentados en un sofá y sonriendo a la cámara. El de la izquierda le sonaba mucho. Y creía saber de dónde.

Rebuscó entre las páginas y finalmente dio con la imagen que había cogido en el apartamento del fallecido. Esa de la fiesta de cumpleaños en el Burger King. Observó ambas fotos. No había dudas, el chaval de la izquierda era el fallecido. El tal Xavier.

El pie de la vieja foto rezaba: «Xavier Barba, Franchi Vila y Martín Gómez».

Franchi Vila. Antolín le había dicho algo sobre un tal Franchi. Y su jefe también, le parecía recordar, aunque normalmente le prestaba muy poca atención.

Y luego, el:

#### «ARDE CON FRANCHI EN EL INFIERNO»

en la pintada.

Sacó la pila de hojas grapadas donde estaba enganchada la foto. Era el caso de finales de los setenta: Franchi Vila y su novia... Un montón de niños en una guardería ilegal... Fuego y muertos. Fin de la historia.

Entonces recordó algo al ver un informe anexo firmado por Abraham Asensio, aquel poli desaparecido amigo de Jairo. Lo

leyó por encima: el tipo pensaba que aquello era un ritual suicida de pareja o algo así. Seguía investigándolo cuando desapareció.

Sonrió con sarcasmo. Todo lo que haga falta por no ver lo evidente: Seguramente el tal Franchi era un maltratador de manual que quería vengarse de su novia por dejarlo y se había llevado por delante a un montón de inocentes.

También había una foto del tal Abraham porque alguien había incluido detalles de su propia desaparición... Un tipo flaco y encorvado, con una barba rala y amarillenta de fumador compulsivo. Con una mirada extraña. Casi enajenada.

Todo aquello tampoco le parecía una lectura que le apeteciera mucho en esos momentos.

Miró a través de la ventana del comedor. Ya era de noche, no tenía que seguir trabajando, nadie iba a pagarle esas horas extras. Antes de que su vida se metiera en el retrete y ella misma tirara de la cadena había dedicado demasiadas horas al trabajo, y eso no solo no la había hecho más feliz, sino que había precipitado su caída al abismo. No iba a volver por el mismo camino.

Dejó el dossier a un lado.

Miró fijamente la pantalla del televisor apagado y comenzó a hablar de nuevo:

—Te he echado muchísimo de menos, ya lo sabes. —Dio un largo sorbo final a la lata, la dejó sobre la mesa y soltó un agrío eructo—. Como siempre.

Patri no contestó. De normal, un eructo como ese habría sido el inicio de una bronca monumental, pero ahora solo obtuvo el silencio por respuesta.

—¿Quieres que veamos algo? ¿Forjado a fuego? ¿La casa de empeños? ¡Te encanta la casa de empeños! —Cogió el mando a distancia y encendió la televisión. Apareció Rick con cara de que algo le parecía falso y no estaba dispuesto a perder su dinero en ello.

Arda miró la mesa llena de latas y botellas vacías de güisqui y con un cenicero a rebosar de colillas que se habían desbordado, y sintió un escalofrío: su vivienda se parecía mucho a la del difunto Xavier Barba. Seguramente olería parecido, solo que al ser su propio hogar el queapestaba no era consciente de ello.

Como esa quinta planta. ¿Cómo podía vivir gente ahí, en medio de ese hedor insoportable?

Si es que vivía alguien.

Quizá se los habían comido los monstruos y por eso había ese silencio sepulcral.

Bufó con indignación en contra de sus propios pensamientos. Se levantó y fue a la cocina en busca de una bolsa de basura.

Comenzó a tirar en la bolsa todo lo que se había acumulado sobre la mesa, vació el cenicero, y se disponía a seguir con todo lo que había en la cocina cuando sonó su móvil. Dejó la bolsa a un lado y se sentó de nuevo en el sofá para coger la llamada; era de un número desconocido.

—Sí —dijo escuetamente.

—Hola, ¿detective Arda? Soy Antolín, el encargado del bloque ocho de la Colmena, nos hemos visto hoy.

La voz del hombre sonaba más emocionada de lo necesario, como si todo aquello le pareciera excitante. Eso la irritó, y Arda comenzó a arrepentirse de haberle dejado su número.

—Sí, Antolín, dígame. ¿Qué pasa?

—No, solo la llamo porque han llegado un par de paquetes a nombre de... Ya sabe. Del muerto. Los tengo aquí delante, en la mesa de mi oficina. —Sonaba como un niño la mañana de Navidad y eso estaba mosqueando sobremanera a Arda; aquel imbécil se estaba tomando todo aquello como una diversión.

—Ajá.

—Como normalmente nunca contesta nadie cuando llaman a los interfonos, los transportistas pasan de esperar ascensores y pegarse el viaje arriba y abajo en balde y me dejan a mí los paquetes y yo se los subo a la gente. A veces pillo alguna propina.

—¿Y? —Arda comenzaba a sentirse furiosa. Estaba fuera del trabajo. En su casa. Con su mujer. No era ni el momento ni el lugar para esa intromisión en el espacio personal. Tenía ganas de gritárselo a aquel imbécil, pero se contuvo. Solo bufó lentamente, y miró la hora en su reloj de pulsera—. ¿Usted no se marcha a casa? ¿A qué hora acaba su jornada?

—Bueno, yo... —De repente el hombre sonó afectado—. Suelo traerme la cena aquí; en casa vivía con mi madre, y ella murió y...

—Vale. Me da igual. —Podía sonar insensible, pero en ese momento no le importó lo más mínimo—. ¿Qué quiere que haga yo?

—Pues eso. Que tengo dos paquetes aquí para él. —El hombre parecía contrariado por la poca emoción que demostraba Arda con aquello—. ¿Quiere que los abra? ¿Prefiere que los devuelva?

—Bueno.... —Arda no estaba especialmente resolutiva a esas horas; ni estaba completamente borracha ni con resaca, pero una espesa niebla arreciaba en su frente y no quería pensar demasiado—. No haga nada, guárdelos en algún armario. Mañana cuando hable con mi jefe le digo algo. Espere instrucciones.

Arda colgó sin esperar respuesta.

Se levantó, olvidando la bolsa de basura junto al sofá, y sacó una botella de güisqui del armario de la cocina donde había dejado la reserva. Comprobó alarmada que había menos botellas de las que pensaba. Realmente había bebido muy fuerte esa última semana. No era consciente de haberlo hecho. Eso la preocupaba.

Un poco.

Quitó el tapón y lo lanzó al fregadero. Junto a todos los demás. Sacó un par de hielos del congelador y los puso en el primer vaso limpio que encontró al fondo del armario.

—Todo esto no tiene lógica ninguna, ¿Verdad cariño? —dijo brindando hacia Patri.